

El festín de Occidente: la seguridad mundial y los riesgos de la democracia

José Luis Valdés Ugalde

Introducción

Si la historia es, según Cioran, la ironía en marcha, la historia de las relaciones internacionales es el receptáculo de los grandes mitos. Este es el caso de los mitos de recomposición de las relaciones entre potencias viejas o emergentes para ejercer a través del tiempo algún tipo de influencia o control sobre los acontecimientos mundiales y para atenuar con éxito relativo la descomposición existente en las relaciones entre naciones, es decir, la descomposición de la sociedad mundial.

Esta descomposición no es otra cosa que la incapacidad de los Estados para lograr que la escena internacional sea, más allá del escenario de la guerra y la paz, también el territorio en el cual se cumplan preceptos que han sido reivindicados históricamente por el liberalismo, y que en un contexto moderno sitúo en el plano del contrato social inicialmente postulado por Rousseau en 1762, por la Revolución Francesa en 1789 y posteriormente en 1859 por J.S. Mill, un clásico de la propuesta democrática moderna, y que ya desde hace tiempo han sido los cimientos para conformar la civilización moderna, es decir, la llamada civilización democrática. No está por demás decir que nos estamos refiriendo a los valores fundacionales de la Ilustración, es decir, los principios de la modernidad. En pocas palabras, estamos hablando de las bases desde las cuales se empezaron a entender conceptos como igualdad, democracia, orden, libertad y seguri-

dad.

Esta descomposición nos da pie para que nos adentremos al escrutinio de las nuevas propuestas para la reorganización del mundo que Occidente nos ha propuesto después del fin de la guerra fría. En este contexto es de subrayarse que el mito entre los mitos, que de hecho se origina en esa nueva idea del mundo pero que después se moderniza y se adecua a las necesidades de un mundo tecnológicamente avanzado pero políticamente confuso, es el de la seguridad, entendida como la seguridad propia que de ser así es también la del otro, y para cuya constitución o logro requiere de la imposición y de la fuerza como instrumentos. Se trata de la configuración de un poder real y de un poder simbólico o, como dice Bourdieu, de que "el poder simbólico sea el poder de construir la realidad y aquel que tienda a establecer un orden gnoseológico".¹ El problema de la seguridad no es la excepción. Así, toda la idea de seguridad es de hecho, y actuando de acuerdo con principios geoestratégicos (los cuales son elementos fundacionales en las relaciones entre naciones), una fuerte razón para imponer la consideración de que un concepto de seguridad debe convertirse en el concepto de seguridad del otro. O como Colin S. Gray ha afirmado cuando enfatiza que producir la idea de seguridad también crea la *necesidad* de producir (la idea de seguridad): "la seguridad es producida por Estados

1. Aunque no me referiré en este ensayo al problema del poder simbólico, sí estimo que vale la pena apuntar algunas ideas sobre el tema. Bourdieu afirma que "La subversión herética explota la posibilidad de cambiar el mundo social al cambiar la representación de este mundo lo cual contribuye a su realidad o, más precisamente, contraponiendo una *pre-visión paradójica*, una utopía, un proyecto o un programa, a la visión ordinaria, la cual aprehende el mundo social como un mundo natural [...] la pre-visión política es en sí misma una predicción, la cual aspira a producir lo que profiere. Esto contribuye prácticamente a la realidad de lo que anuncia por el hecho de que lo profiere, lo pre-dice y lo hace pre-decible, lo hace concebible y sobre todo creíble, y por tanto crea la representación colectiva y voluntad que contribuye a su producción. [Así] muchos 'debates intelectuales' son menos ilusorios de lo que se ven si se es consciente del grado en que se puede modificar la realidad social modificando sus agentes de representación". Pierre Bourdieu, *Language and Symbolic Power*, Polity Press, Cambridge, 1991, pp. 127-128 (traducción nuestra). Esto sería pertinente en tanto que apunta a dos grandes problemas pendientes: el primero es el de los medios masivos de comunicación, especialmente los electrónicos; el segundo, la función de los intelectuales. Ambos son importantes por el gran peso que ejercen sobre la opinión pública nacional y mundial y crean un consenso alrededor del "sentido común". Son, en suma, dos factores constitutivos de lo que desde el Estado se edifica como, en términos de Noam Chomsky, "la ingeniería del consenso". Véase James Peck (ed.), *The Chomsky Reader*, Serpent's Tail, Londres, 1987, p. 49.

Unidos y otros la consumen".²

La frontera y el otro

Vale la pena subrayar que en materia de seguridad, así como en la creación del orden como el marco moderno de resguardo de intereses, estamos hablando también de un aspecto que en Estados Unidos ha tenido vigencia determinante desde que este país se conforma como Estado-nación. Me refiero al concepto de frontera creado por Turner cuando en 1893 habló de su significado para la historia de Estados Unidos: la frontera como límite geográfico para la contención de impulsos externos, pero también como la idea de extensión de los propios límites geográficos hasta convertirlos en contexto geopolítico y cultural, y en afirmación de voluntades hegemónicas que irían dando frutos conforme la historia de los reajustes fuera favoreciendo a Estados Unidos.

Esta idea de frontera sería también una herramienta ideológica para generar los consensos que permitieran aglutinar fuerzas en torno al impulso y consolidación del "sueño americano". En esta medida presenciamos un proceso continuo de "mapeo del mundo", a cuyo paso encontramos un aspecto cultural primordial que establece condiciones de pensamiento y acción en línea directa con este propósito. Al respecto Gray nos dice:

El pueblo americano está geopolíticamente condicionado como pueblo americano para pensar y sentir de una manera americana razonablemente distinta acerca de esas opciones. Las raíces de la estrategia cultural americana descansan en la tradición de frontera, una experiencia y una expectativa de éxito en los empeños nacionales, una experiencia con abundancia de recursos para la defensa, una filosofía política de idealismo liberal y un

2. C.S. Gray. *The Geopolitics of Superpower*. Kentucky University Press, Kentucky, 1988, p. 40.

*sentido de separatismo —una moral geoestratégica— de los males del viejo mundo... Se trata de los "modos de pensar culturales" de un pueblo o pueblos que se conciben a sí mismos como una nación, y que son producto de la geografía.*³

Este argumento se complementa idealmente con la idea de frontera delineada por Turner. Aunque no en forma explícita, Turner también se refirió a esto desde una perspectiva cultural dando un fuerte peso al hecho de que "el llamado por lo no descubierto (era) fuerte en América [...] El desarrollo americano exhibió no sólo un avance en línea directa sino también el regreso a condiciones primitivas en el contexto de una línea fronteriza en continuo avance [...] Este renacimiento perenne, esta fluidez de la vida americana, esta expansión hacia el oeste con sus nuevas oportunidades, su toque continuo con la simplicidad de la sociedad primitiva, proveen las fuerzas que dominan el carácter americano". Y sobre el "ejemplarismo", Turner agrega: "la democracia americana no nació de un sueño de teóricos [...] Había un ideal de democracia, el ideal de pueblo autogestionario, que respondiera al liderazgo en forma de programas y su ejecución [...] y esto ganó nueva fuerza cada vez que éste tocaba una nueva frontera. No la Constitución, sino tierra libre y abundancia de recursos naturales abiertos para gente capaz [...] Había el ideal por descubrir, la determinación valiente de descubrir nuevos senderos... Toda la experiencia americana se ha volcado en fomentar el espíritu de innovación; está en la sangre y en la voluntad no reprimirlo". Concluye con un aspecto fundamental del credo americano: "se tenía que hacer un mundo mejor gracias al ejemplo de una democracia en la cual hubiera libertad individual, en la cual hubiera vitalidad y movilidad resultado de la originalidad y la variedad".⁴

Se podría decir en principio que el interés por Centroamérica y posteriormente el resto de la región hacia el sur fuera en mucho hacia esta línea de interpretación, la cual daría a Estados

3. *Ibid.*, p. 43. El derrocado presidente dominicano Juan Bosch definió el Caribe como una frontera imperial.

4. Frederick J. Turner, *The Frontier in American History*, The University of Arizona Press, Tucson, 1986, pp. 2-3, 293, 306.

Unidos y a su clase política la gran oportunidad de alcanzar una posición de fuerza real al hacerse de una de las regiones más atractivas del mapa mundial en aquel entonces. Bajo este supuesto es posible apuntar que las ideas de teóricos oficiales, como Turner o Spykman y otros anteriores y posteriores (como Mahan, Kennan y Kissinger, entre otros), fueron racionalizaciones de lo que aparecía como una nueva realidad en el proceso gradual de expansión y crecimiento hacia el oeste. En otras palabras, tales racionalizaciones fueron la expresión de esos tiempos y los subsecuentes por aparecer. ¿Hasta qué punto la percepción del mundo descrita en los términos anteriores influye sobre los patrones que dominarían no sólo la interpretación de la geografía política latinoamericana, sino también la peculiar forma en que serían alcanzados los objetivos de política exterior?

Seguridad, orden, democracia

Según esta idea, ¿en qué sentido podríamos hablar de una relación entre seguridad, orden y democracia en el presente contexto histórico? ¿No es acaso cierto que para Estados Unidos y sus potencias aliadas, una precondition de seguridad radica en la democracia tal y como la han entendido? ¿No deviene, por tanto, el concepto y la imposición del orden, de este esquema? Y por último, ¿el proyecto fronterizo libertario y democratizador originario de la naciente gran potencia no estaría confrontado con su apetencia de control?

Éstas son preguntas que sin duda nos remontan a un antiguo debate entre realistas e idealistas sobre el cual no abundaré en esta ocasión. Si algún día la democracia fue el eufemismo, desde la óptica de las democracias liberales, para confrontar todo un sistema que tuvo en Stalin durante un largo y oscuro tiempo al titular de un poder ominosamente negociado con las potencias occidentales después del fin de la guerra, posteriormente la democracia se convirtió en la gran pieza para aglutinar los destinos tan complejos como diversos de un buen

número de sociedades nacionales que poco a poco iban quedando enmarcadas dentro del gran guión discursivo, práctico, ideológico y hasta semántico de las potencias occidentales, quienes pretendieron que con la democracia dirigida el mundo sería algo distinto, es decir, distinto para conservarlo igual. En efecto, en realidad el mundo se iría convirtiendo gradualmente en lo que Estados Unidos y sus aliados estratégicos querían que se volviera, aún a pesar del desorden que esto ocasionaba.

Lo anterior, sin embargo, no era necesariamente parte de una lógica perversa premeditada, sino de lo que Toynbee llamaba "anarquía por tratado".⁵ De esta manera se trataba y se trata acaso de conciliar balance de poder y jerarquías (lo que realmente cuenta en política), y así entender que, como nos sugiere Hedley Bull, "ahí en donde un Estado es preponderante, éste puede tener la opción de ignorar los derechos de otros Estados sin miedo de que éstos, a su vez, ignoren los derechos de aquéllos". [De ahí la necesidad de aceptar que] "mientras la ley internacional depende, para su existencia como sistema operativo, de reglas del balance de poder, la preservación de éste requiere frecuentemente del rompimiento de estas reglas".⁶

De esta manera, si estamos hablando de balance de poder, habría que entenderlo, como plantea Spykman, primeramente como uno en donde la política del Gran Poder predomina y "los Estados pequeños, a menos que se puedan aliar exitosamente, pueden tener peso en este balance sólo gracias a otros".⁷ Es así que la institucionalización del proceso permanente de arribar al "tratado" se vuelve necesaria, pero también legítima la guerra u otras formas de violencia a fin de resolver disputas o conflictos de interés, los cuales, en combinación con los instrumentos tecnológicos del momento, pueden alcanzar peligrosos niveles de destrucción. Sin embargo, como el propósito último no sólo es la obtención del orden sino el de tener condiciones de administrar el desorden, todo el problema de la seguridad adquiere una

5. A. J. Toynbee, "Anarchy by Treaty 1648-1967", en Fred Israel, Emanuel Chill y Arnold J. Toynbee, *Major Peace Treaties of Modern History 1648-1967*, con un ensayo introductorio de Arnold J. Toynbee, Chelsea House in Association with McGraw-Hill, Nueva York, 1967, 4 vols.

6. H. Bull, *The Anarchical Society*, Macmillan, Londres, 1977, pp. 108-109.

7. N. Spykman, *America's Strategy in World Politics*, Nueva York, 1942, p. 20.

nueva relevancia: la de su oposición a la justicia. En efecto, es necesario subrayar que las necesidades de la justicia no son las necesidades del orden; que el orden no es necesariamente el resultado de, en palabras de Bull, “el sentido de intereses comunes en las metas elementales de la vida social” [y que] “las reglas que recomiendan el comportamiento que sostiene estas metas, y [las] instituciones que ayudan a hacer estas reglas efectivas”⁸ no son necesariamente eso.

Habría que hacer hincapié sin embargo, en que esta tesis de Bull sobre la incompatibilidad de orden y justicia en el sistema internacional pierde de vista que una de las principales metas del orden —por lo menos después de la Segunda Guerra Mundial— fue contener la tendencia hacia la modificación o cambio de algunas de las formas de organización de las sociedades nacionales. Por lo tanto, la tarea principal del orden es regular esto último, tal y como pasó durante los procesos de independencia de África y en gran medida en Latinoamérica, así como también para evitar que esas transformaciones se conviertan en una potencial amenaza contra la esencia de las reglas sobre las cuales el orden se establece. Estamos hablando entonces de un ordenamiento hacia el consenso relativo que permita al liberalismo la creación de las bases para que la democracia liberal arrope el lado oscuro del poder económico capitalista.

En esta línea de argumentación, añadiría que los cambios sociopolíticos, radicales o modernos, encarnan una amenaza al orden en tanto que aquéllos tendrían como objetivos la organización y la consolidación de sistemas políticos y judiciales nuevos. Tal y como parece ser el caso de algunos países latinoamericanos, yo argumentaría que una de las razones para explicar la incompatibilidad entre orden y justicia es que las expectativas dinámicas de la última se interponen con el proyecto del primero. Si esto es cierto, entonces podríamos decir que el orden (en el contexto interamericano) está diseñado para contener cualquier tendencia hacia el cambio social, aun cuando éste se dirija hacia la obtención de justicia y democracia. Ésta es la verdadera peculiaridad de la seguridad como mito: una vez entendida dentro de un ordenamiento específico se opone al cambio, aun-

8. Véase H. Bull, *op. cit.*, p. 65.

que se trate del cambio hacia la modernidad.

Este novedoso esquema reordenador comienza a ser significativamente vigente durante la guerra fría, cuando la política anti comunista subordinó todas las variables del fenómeno global a la primacía de las explicaciones geopolíticas. Así, anti comunismo o anti sovietismo en nombre de la defensa de la seguridad se tradujo en contención de movimientos de cambio bajo la acusación de ser movimientos comunistas atentatorios de la seguridad mundial, aun cuando hubieran sido modernizadores de la competencia política.

En este punto no podemos prescindir de dos preguntas: primero, ¿el anti comunismo⁹ —es decir, la razón máxima para la defensa de la seguridad— fue responsable de la culminación violenta de algunos procesos de cambio, generalmente en forma de regímenes autoritarios? Y segundo, ¿fue el anti comunismo un elemento de presión contra los esfuerzos para hacer el cambio por vías pacíficas, al extremo de que esta situación hizo imposible la paz e inevitables las revoluciones?¹⁰

América Latina

Pareciera entonces que América Latina no es ajena a este fenómeno. De esta manera arribamos al problema de cómo el orden, la seguridad y la democracia y sus orígenes en la idea de frontera afectan gravemente las relaciones entre Estados Unidos y América Latina y sobre todo delimitan diáfananamente una voluntad hegemónica. Pero entonces, ¿qué pasa con la democracia y la seguridad hoy en América Latina? ¿Son distintas o la actualidad

9. Coker dice que "el disgusto o desagrado ante el comunismo no llega a ser una política. Una política sugiere una preferencia, un interés nacional distinto y medios preferenciales para servirlo". Véase C. Coker, *Reflections on US Foreign Policy since 1945*, Pinter in association with John Spiers, Londres, 1989, p. 110.

10. El presidente Kennedy declaró alguna vez que "aquellos que hacen imposibles las revoluciones pacíficas, harán inevitables las revoluciones violentas". Véase A. Lowenthal, *Patterns in Conflict*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, Londres, 1987, p. 1.

no es más que la terca reiteración de ese orden del pasado?

¿Ha sido fiel Estados Unidos, en su política exterior hacia América Latina, a los principios de democracia que dan a esa nación su razón de ser? ¿Han estado y están los Estados Unidos genuinamente interesados en la transformación democrática de América Latina? O bien, ¿los Estados Unidos contribuyen de una forma u otra a que los proyectos democratizadores se malogren en el continente? ¿Hasta qué punto el avance de la democracia en América Latina es o fue un problema de seguridad nacional para Washington? ¿A qué costo tuvo que imponerse este concepto de seguridad nacional en menoscabo de la democracia? ¿No era acaso a través del fortalecimiento de las instancias democráticas que se podría haber defendido el interés de seguridad estadounidense? ¿Fue la violencia revolucionaria —la de Cuba en 1959 o la de Nicaragua en 1979— la respuesta —intransigente— a la postura —intransigente— de Washington de no consentir que las sociedades nacionales desarrollaran condiciones de soberanía para su modernización política? ¿El cambio democrático en la forma de gobiernos constitucionalmente constituidos —como el de Arbenz en Guatemala en 1954 o el de Allende en Chile en 1973— es o fue un estorbo, al grado de que se considera una amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos? Seguridad nacional y democracia no son realidades opuestas; ¿por qué entonces, la necesidad de intervenir regímenes constitucionales directamente o a través de terceros?

La cuestión de la democracia en general es siempre un tema relevante desde que su primer impulsor moderno, J.S. Mill,¹¹ la proclamó, hasta nuestros días en que su ejecución sigue siendo el gran problema del presente. No se diga cuando se refiere a contextos temáticos y geográficos específicos como el del ámbito de la relación entre Estados Unidos y América Latina. Es aquí en donde se convierte en un problema de des-orden, de desigualdad y de in-seguridad. En suma, se repite como el otro de los grandes mitos en las relaciones internacionales. En este sentido es importante anotar que hoy en día, los Estados-nación han cubierto con notable parsimonia los requisitos indispensa-

11. Véase, entre otros trabajos de Mill, *On Liberty and Other Writings*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989, y *A Few Words on Non-intervention*. In *Dissertation and Discussions*, Londres, 1867.

bles para proveer condiciones principales para la modernización de las sociedades políticas y de las economías nacionales.

Así, tenemos que desde la segunda posguerra, el mundo capitalista se dedicó a montar una infraestructura de desarrollo que ante todo sentó las bases para activar las economías de los países industrializados y su consecuente modernización. En buena parte de estos países, pero especialmente en los latinoamericanos, los procesos políticos estuvieron definidos, en sus tendencias de corto y de largo plazo, por una participación ciudadana permeada, aunque con variaciones radicales entre dictadura y democracia, por una suerte de discernimiento que tenía en un macartismo encarnado en diferentes espacios de la lucha política, el elemento aglutinador de los consensos y, como consecuencia, la legitimación de proyectos nacionales que se consolidaron con tendencias de crecimiento macro y microeconómico dentro del contexto del modelo de economía capitalista.

Los tiempos recientes: los ochenta

Para muchos es claro que la modernidad que arriba con los años ochenta al mundo y a América Latina no tiene soluciones claras sobre el problema de la democracia y de la justicia. La política, que se distingue por estar hecha para unos cuantos, se vuelve territorio de afirmación de libertades o de legitimación de impunidades. Las crisis revolucionarias y las dictaduras desembocaron en procesos constitucionales de cambio que, aunque caóticamente y en medio de protestas de diversos tipos, devinieron en gobiernos civiles —no necesariamente con ánimos democráticos— presumiblemente normalizadores de la vida política y social.

Lo anterior vuelve vigente el problema de

hasta qué punto Washington en el presente proceso de globalización pronunciado que está viviendo el mundo —y en cuyo contexto el problema del orden, la estabilidad y

la justicia son hoy realidades precarias— considera el proceso hacia la democracia como un problema ligado al del desarrollo y por ende al de la modernidad ascendente que ... [impulsa]... las relaciones entre naciones y entre bloques de naciones. Esto es relevante porque se podría presentar el caso de una incompatibilidad entre proyecto democrático y proyecto económico aperturista: podrán darse más formas democráticas pero una democracia que signifique algo depende de la elaboración de políticas concretas que impulsen en lo político, así como lo hacen en lo económico, una auténtica modernidad globalizadora (es decir, el establecimiento de garantías para que la seguridad, o sea la soberanía, sea hoy una realidad del presente) [...] En esta línea —y ya se demuestra hoy en Haití y en El Salvador— aún si hubiera votos sin fraude o sin autoritarismo, esto no sería necesariamente democracia. No se digan aquellos casos [del pasado o del presente] o en los que los procesos constitucionales se cancelan o afirman en nombre de un principio tan vago pero tan elocuente como el de la seguridad nacional.¹²

Por tanto, si se trata de definir los problemas de la democracia habría que explicar cuáles son los componentes que han impedido su viabilidad durante el largo periodo de relaciones entre Estados Unidos y América Latina, desde que se inaugura su relación moderna a finales del siglo pasado cuando en 1899 Estados Unidos —no sin pretensiones geopolíticas— apoya el proceso de independencia cubano, pero de manera más significativa en la segunda posguerra. Para definir en jerarquía la importancia de lo anterior privilegiaría lo siguiente: la naturaleza de la conformación de los ejércitos y de las élites políticas, así como también el papel que Washington ha jugado en su transformación a través del tiempo. En este sentido es importante apuntar el caso de Cuba —la gran profana que se rebela al trazo de los límites fronterizos de Washington—, el cual ha adquirido

12. Cfr. J.L. Valdés Ugalde, "Reto democrático y globalismo modernizador: Estados Unidos y América Latina o de la inutilidad del espejo", *Problemas del Desarrollo*, vol. xxv, enero-marzo de 1994, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, pp. 16-17.

relevancia extraordinaria recientemente. Estos nuevos tiempos históricos de Cuba, que hoy podrían modificar aceleradamente el panorama político de la isla, de la región, así como las nuevas necesidades de negociación generadas entre Washington y La Habana, hacen forzoso para los analistas empeñados en el estudio del tema, cubrir el análisis de la coyuntura y de la reciente trayectoria de la coyuntura. Más aún, cualquier estudio a propósito del problema de la democracia en América Latina y la influencia de Washington tendría que aceptar que la “anomalía” histórica (Cuba) en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina ocupa ahora un lugar de interés inmediato que no se puede desdeñar. Es decir, se trataría de poner verdaderamente a prueba la voluntad de Washington respecto a derruir de una vez por todas el “muro del Caribe”.

Por otro lado y a manera de análisis somero de la actualidad, cabría decir que la revisión que ha hecho Estados Unidos sobre diez años de guerra en El Salvador, no es más que la necesidad genuina de la nueva administración por rescatarse a sí misma de ese pasado infame que las administraciones pasadas heredaron a Clinton, y así lograr recuperarse como una nación, citando a Kennedy, “con el derecho al liderazgo moral de este planeta”. Por tanto, no habría que poner en duda tan temprano que alguna de las crisis de seguridad en política interna —entre las que se incluye el magnicidio mismo de Kennedy— y externa de los cincuenta, sesenta y setenta —como las de Guatemala, Chile y otros países de América Central y el Cono Sur— lleguen a convertirse de manera relevante en una parte presente de la estrategia de Washington por lograr su reinstalación en el lado más benigno de la historia, en el cual, por otro lado, siempre han dicho que están. ¿Podrá ser Haití —aunque paradójico— un ejemplo de esto?

Habría que ver qué respuesta estará ideando Washington ahora, después de la experiencia de Serrano en Guatemala, cuando ciertos sectores de la clase política latinoamericana han decidido (y podrían seguirlo haciendo en el futuro) recurrir a ese tan sutil método que inaugura Fujimori, pensando en que un golpe civil se nota menos que un golpe militar cuando, si ponemos atención, no es más que lo mismo, sólo que esta vez son los Fujimori —aunque aún está por verse la forma— y

también los Serrano (presidentes civiles electos constitucionalmente) quienes están haciéndole o intentaron hacerle el trabajo a los sectores más corruptos y antidemocráticos de las élites de sus países. Este fenómeno es lo que A. Stepan ha llamado recientemente "neoautoritarismo".¹³

Por otro lado, hoy en Guatemala se demuestra lo que en muchos otros países, incluyendo Chile, El Salvador, Nicaragua y en el nuestro se evidencia: que las sociedades nacionales no aguantan los rigores del modelo de economía de mercado cuando no se resuelven las injusticias ancestrales por las que se han distinguido los países del continente, y que hoy lo único que generan es la concentración de viejos atavismos como corrupción, concentración de la riqueza y autoritarismo y, en el fondo, el fortalecimiento de las milicias y de los sectores más retardatarios de la sociedad por la vía de no exponerlos demasiado, preservándolos de este nuevo proceso de rigidización del Estado y sus instituciones.

Frente a esto, todo parece indicar que el distanciamiento del pasado puede muy bien ser una forma de expiación que permita a Estados Unidos prepararse para afrontar con nuevos bríos los retos que deja el fin de la confrontación bipolar, con miras a obtener ventajas relativas pero consistentes en la negociación global a la que inevitablemente este país estará expuesto en forma cada vez más intensa. Me pregunto si el estudio de estas políticas del *hoy crítico* de la recuperación de Estados Unidos no tienen, en su pasado mediato e inmediato, algunas de las claves para interpretar y evaluar el potencial que encierra el proyecto político, social y de política exterior que, aunque oscilante, está en ciernes.

No estaría de más decir en forma tentativa que es todo un proyecto histórico el que está en duda, y que incluye a la democracia como uno de los valores cardinales por preservar—la cual ha sido parcialmente hipotecada por la historia pasada de Estados Unidos—, e incluso podríamos decir que por inmunizar de ese mismo pasado con el cual hoy, aparentemente, el nuevo pensamiento estratégico de Washington no se querría identificar. De aquí la importancia de estudiar el papel que desempeñará el

13. Véase *La Jornada*, 3 de septiembre de 1993.

gobierno de Clinton en esta nueva época.

La develación de este problema se verá en Guatemala en el corto plazo —y según el tono que adquieren las investigaciones sobre el caso De Vine y la alianza delictuosa del ejército guatemalteco y la CIA, el panorama se presagia turbio, por decir lo menos—, en el proceso político posterior a las elecciones en El Salvador, en la regularización del proceso político en Nicaragua (en donde la reconformación de la clase política ha generado importantes tensiones, y el enfrentamiento relativo del ejército con el gobierno adquiere un tono que oscila entre la renovación y el estancamiento), con el Chile post-Pinochet, post-Aylwin y también el embarazoso problema de Haití, el cual hoy, con el regreso de Aristide al poder, pone en la mira la relación crítica, más aún, dicotómica, entre la intervención supranacional y la recuperación de la constitucionalidad en un Estado-nación que se supone soberano.

En este mismo tenor, para ilustrar las posibles causas que tendría Estados Unidos para adecuar su nueva política hacia el apoyo a la democracia, y sin adelantar tesis pesimistas, no habría que menospreciar las palabras de Montesquieu cuando intentó explicar la decadencia del imperio romano: “La decadencia romana empezó cuando la inmensidad del imperio hizo a la república imposible”.¹⁴ De aquí la importancia inevitable —según este cálculo hipotético preliminar— de un proyecto democratizador que, si bien hoy es menos creíble intenta preservarse críticamente remontándose y distanciándose —aunque parcialmente— de un pasado nebuloso que hace al presente difícil y tortuoso.

Este elemento —que siendo histórico, será de primera importancia en este fin de siglo— en ocasiones pasadas ya ha sido planteado con agudeza, por ejemplo, tal y como lo hizo Vaclav Havel a los estadounidenses en su visita al Congreso en 1990, en los siguientes términos:

Mientras el pueblo siga siendo el pueblo, la democracia en el pleno sentido de la palabra no será más que una

14. R. Aron, *Peace and War. A Theory of International Relations*, Weidenfield and Nicolson, Londres, 1966, p. 127.

*idea. Uno puede abordarla tal y como lo haría con un horizonte, en términos de que éste puede ser mejor o peor, pero no se puede alcanzar completamente. En este sentido, ustedes también están simplemente acercándose a la democracia.*¹⁵

Conclusión

¿Qué fue de la confianza —si no es que el resultado de una ilusión— de sectores importantes de la sociedad mundial en que el fin del bipolarismo sería el comienzo de un nuevo orden mundial hacia la consolidación de bases para la democracia, la distribución equitativa de la riqueza y sus recursos y la paz, es decir, hacia la creación y preservación de bases para la seguridad mundial? ¿Acaso se intercambiò por las ambiciones de poder de las potencias occidentales, en particular de Estados Unidos, las cuales de esta manera redujeron aún más los espacios para la creación de las bases modernas del progreso y la prosperidad?

En este sentido es posible argumentar ante las evidencias del presente que después de la caída del muro de Berlín y del fin de la guerra fría el orden mundial —del cual el continente latinoamericano no está fuera—, lejos de ordenarse en el sentido señalado históricamente por las potencias de Occidente, recrudeció sus viejos vicios y profundizó las crisis de las sociedades nacionales, así como las del mismo ordenamiento globalista del mundo.

Hoy, el tránsito hacia el fin de la guerra fría tiene en Washington la escala primordial y el monopolio del discurso unipolar que conlleva al reordenamiento global.

15. Véase Vaclav Havel, *Address by President Vaclav Havel of Czechoslovakia to a Joint Session of Congress*, Capitol Hill, Washington, 21 de febrero de 1990, p. 17. File Date/ID: 02/22/90 EU-U10; text link 129562; text ZCZC5 EUU010, CDC USI, unclassified (traducción nuestra).

Este tránsito, así como los activos resultantes del reordenamiento, pertenece notablemente a Estados Unidos siendo este país el que delimita unilateralmente todavía el sistema de inclusiones y exclusiones. Ahora, la hegemonía adquiere su forma más definida en una globalización que es tal en tanto que atiende a la uniformación pronunciada de discursos, escenarios y actores, y es esta uniformidad la eventual responsable del fin de la multiplicidad. Y quizá, habría que augurarle, del fin de la pluralidad que por civilizadora tendría que ser, en el último análisis, modernizadora.¹⁶

Así, el globalismo se convierte en este momento de convulsiones diversas en una realidad que se superpone (en un ambiente falsamente laudatorio que no oculta la crudeza del fin de un realismo enfrentado a una situación que, a fin de cuentas, no fue lo que se planeaba para el esquema de dominación diseñado por Occidente desde hace décadas) a otra realidad que por definición tendría que ser nueva, pero que contiene en su estructura los notorios vicios de la guerra fría que convirtieron al mundo en un lugar inseguro.

Así como todo parece iniciarse en algún momento del fin de la década pasada cuando se desmorona la URSS, el muro de Berlín es derribado y toda Europa del Este se vuelve a convertir en lo que no se esperaba ni soñaba que sería, aunque lo anhelara, una nueva ventana de la modernidad capitalista, nunca se pensó, frente a esta anunciada modernidad en ciernes, hasta dónde las condiciones del presente serían también los diques levantados por la historia —diques modernos para contener la modernidad—, y los que eventualmente la volverían sólo un bosquejo de proyecto que haría factibles las condiciones para una forma de vida distinta en las relaciones entre las naciones del mundo.

Asistimos entonces a la lógica de un orden impuesto, a un festín con características no necesariamente prometedoras. Es, por el contrario, un acontecimiento histórico, un signo ominoso de estos tiempos en los que la modernidad está siendo anunciada

16. Valdés Ugalde, *op. cit.*, p. 20.

e instituida como una estratagema para imponer un orden que aparenta ser coherente cuando en realidad está más que maltrecho, y no porque sufra una descomposición resultado de un enfrentamiento con los intereses de terceros, sino porque su agotamiento, que es endógeno, es resultado del abandono de su propia racionalidad maquiavélica, la cual podría estar siendo derrotada por la realidad.

Esta es una situación muy similar a la que prevaleció durante la guerra fría, cuando Estados Unidos y sus aliados concibieron el anti comunismo como un instrumento aglutinador de falsos consensos frente a la necesidad de lo que se consideraba tenía que ser la defensa del orden en el mundo. Todos sabemos, y hay varios ejemplos, que dicho anti comunismo se convierte en un aparejo para imponer al mundo una idea de orden que más que establecer bases para la convivencia pacífica generó condiciones adversas a la misma y desplegó, en un buen número de regiones, estrategias de dominación que perturbaron las soberanías nacionales y la estabilidad en el concierto de las naciones, generando focos de tensión que eventualmente serían corregidos con guerras o intervenciones militares.

Por lo anterior, en el nuevo orden internacional resultado de la posguerra fría no todo el horizonte mundial parece tener estabilidad y paz como se pretende. No sólo los ejemplos del presente nos ilustran este hecho, sino las imposibilidades reales de cumplir algunos de los preceptos que instituyeron los países occidentales antes y después de la caída del muro de Berlín.

En este momento en que presenciamos la victoria ensombrecida de Occidente, la victoria de la guerra del Golfo y la de la hambruna en Somalia, la victoria irónica ya no de las dictaduras defendidas con la intervención, sino la de las intervenciones que defienden la democracia; la victoria, en fin, de una razón que no es precisamente aquella en que el final de la soberanía sería el comienzo de la inseguridad o en que el fin de la intervención sería el comienzo de la seguridad, habría que concluir con una idea de Havel cuando hace a Occidente un llamado al sacrificio:

Si Occidente, junto con otras fuerzas democráticas del

mundo, es incapaz de tomar parte a la brevedad posible en la creación común de un nuevo orden [...] alguien más puede muy bien hacer el trabajo, y el orden así creado puede ser mucho peor que el precedente [...] Dado que la caída del comunismo es considerada por muchos como una victoria estadounidense, ahora que la guerra fría ha terminado tal parece que los dolores de cabeza que causó han terminado también. Pero los dolores de cabeza nunca terminan. Si Occidente efectivamente ha ganado la guerra fría, entonces quizá hoy enfrenta una tarea más difícil: ganar también la paz.¹⁷

17. Véase Vaclav Havel, "A Call for Sacrifice. The Co-Responsability of the West", en *Foreign Affairs*, vol. 73, núm. 2, marzo-abril de 1994, pp. 2-7.